

sin organizar? ¿No sería prudencia, ó mas bien necesidad diferir esa ley para cuando fuese realizable, para cuando la lucha que ocasionará de tantos intereses no pudiese comprometer nuestra seguridad? El pueblo quiere y exige las indemnizaciones. Pero conviene ilustrarle sobre lo que mas le importa; el que no tiene valor para decirle la verdad, mal puede defender su causa. Mucho se ha abusado del pueblo, mostrando la mayor consideracion por él. «Pobre pueblo, pueblo virtuoso» decía Robespierre cuando le conducía á los delirios de la mas frenética y sanguinaria barbarie. Apelamos á la conciencia de los representantes de la nacion.

Dijimos, y decimos siempre, que no es esta ocasion de tratarse de tal medida, cuya dificultad es exactamente incalculable, es trascendental y nueva. Hemos leído la historia de muchas naciones que pasaron por nuestros apuros, y no hallamos ejemplo que nos guíe: nos falta el auxilio de la experiencia, y por lo mismo es necesario tener mayor circunspeccion. El que no reconozca estas dificultades tiene algun motivo oculto para no ser sincero. En horabuena que se alegue en prueba de la urgencia de esta medida el desagrado que causa la tardanza de su decision. A pesar de todo no mudamos de opinion. Vimos á la Cámara convertida en comicio; á las galerías intervenir de un modo amenazador; la libertad fue violada. Si en vez del lenguaje apasionado de unos tribunales no se emplea el que solo es digno de un Parlamento, pueden gravísimos accidentes acudir á la provocacion; mas no por eso tendremos por menos fundadas nuestras observaciones. Representantes de la nacion, apelamos á vuestro patriotismo. Apoyos de la Carta, no toleréis que sea rasgada ante vuestros ojos. Tal vez nos equivocaremos en nuestras conjeturas; pero caminamos de buena fe, y tenemos el derecho de expresar libremente nuestras ideas, y usando de este mismo derecho nos atrevemos á afirmar que la discordia que tan poco se evita puede perdernos. (*Gazeta do Governo*.)

## ESPAÑA.

Madrid 20 de Diciembre.

El Excmo. Sr. D. Alejandro Moraz Sarmento, Par del reino de Portugal, y enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. F., tuvo la honra de poner, ayer 29, en las Reales manos de la R. R. nuestra Señora y de su augusta madre la R. R. Gobernadora, las insignias de la gran Cruz de la Concepcion de Villaviciosa, que S. M. la Reina Doña María de la Gloria ha conferido á SS. MM.

## VARIEDADES.

### LITERATURA.

*Estudios de costumbres y de críticas sobre los poetas latinos de la decadencia;* por D. Nisard.

Parece actualmente que la cuestion que se ventilaba en otro tiempo entre Boileau-Despreaux por una parte y Claudio Perrault por la otra, está para siempre resuelta y aclarada. ¿Quién se dedica en el día al estudio de la literatura latina y griega, asunto de tamañas controversias para nuestros eruditos abuelos, materia eterna de investigaciones morales y filológicas, desde que un poeta muy amable sin duda, y francés en toda la extension de la palabra, lanzó un día aquel famoso anatema? *Quien nos libertará de griegos y romanos?* ¿No se diría que la nacion entera de los comentadores y de los críticos se ha mirado como bien y debidamente condenada? La universidad, santuario de las antiguas tradiciones, la universidad únicamente ha conservado aquel magnífico patrimonio. En la literatura al contrario, hombres y niños apuestan á quien enterrará mas pronto y mejor todas aquellas sublimes antiguallas que antaño se miraban como superiores modelos. ¿Cuántos estudiantes de retorica se podrian citar que desde lo alto de su literatura de la edad media profesan poca estimación á la gran nombradía virgiliana, que tantos siglos atravesó sin ser roída de su diente? ¿Dónde se hallará un literato á la moda, que muy pagado de su talento periodístico, de su mérito de *Revista*, no descuide la lectura de Horacio y de Tito Livio para descifrar *rancios cronicones*, como suele decirse, y reedificar su XIII ó XIV siglo? Será una gran fortuna si se dignan perdonar á la antigua celebridad de Homero que ha sido respetada durante 39 años.

Es preciso confesarlo; jamas época alguna literaria ha presentado en tan alto grado como la nuestra todas las señales de la decadencia mas lastimosa; nunca se han visto reunidas al mismo tiempo tanta impotencia y fanfarronada, tanta debilidad y jactancia, tanta ignorancia y pedantería. Escuchad á todos esos alumnos, convertidos de repente en maestros de la nueva escuela; este os hablará de las Crónicas de Froissart, aquel de las Memorias del Siré de Joinville; el uno tratará de golillas, coletes de ante, dagas de Toledo; el otro de afcos diagonales, vidrieras pintadas, catedrales góticas, y á qué sé yo que me diga! Todo el bagaje erudito que pudieron pillar en *Nuestra Señora de Paris*, ó en los mosaicos destartados del bibliófilo Jacob, escencia de hallazgo, instruccion de pura casualidad, que no teniendo fundamentos sólidos no pueden tener resultados ciertos. Así que, ved de qué modo en nuestros libros, salvo algunas honrosas excepciones debidas á serios y concienzudos esfuerzos, se reproducen y descubren sin cesar la ausencia total de ideas positivas, y la falta de principios y conocimientos reales. No se ven mas que abortos pálidos atropellados, en los cuales nada indica la existencia del entendimiento que concibe, de la reflexion que madura, del ingenio que combina; en todas partes palabras extravagantemente casadas, imágenes que se asombran de verso juntas, un caos, un batiburrillo sin orden ni ilacion, el *corpus sine nomine* de Virgilio, el *yo no sé* que de Bossuet, que *no tiene nombre en ninguna lengua*. El libro de Mr. Nisard sale, pues, á luz muy á propósito, y muy fuérá de propósito, lo primero porque habla de una época de decadencia, á una época que parece complacerse en decaer ella misma; lo segundo porque los entendi-

mientos se hallan muy distantes de las ideas que sugiere, de los nombres que desenterra, y de las doctrinas que atesora. En efecto, ¿á quién se dirige semejante libro? ¿á los discípulos? Ya hace mucho tiempo que para la mayor parte de nuestra juventud la poesia latina es inútil; Virgilio empalagoso, y Ciceron un charlatan muy inferior á los profundos filósofos que atestan nuestros periódicos hebdomadarios de sus sublimes ensueños. ¿Se dirigirá, pues, al público? Pero ¿quién se acuerda en el día de los hermosísimos versos compuestos en la mas hermosa de las lenguas?

La obra de Mr. Nisard, como casi todas las obras de mérito, no tienen nada de popular, y no me admiraría de que acarrese á su autor por parte de los dandys literarios copia de amargas pullas. «Bravo! dirán estos ingenios fáciles é inspirados, que todo lo saben sin haber aprendido nada, y siempre enseñan sin haber estudiado nunca.» ¡Vaya una idea chistosa! ¡Encerrarse en su gabinete para comentar á Seneca y analizar á Lucano, disertar sobre Juvenal, y pesar el mérito de Persio! ¡Tanto montaría componer tragedias como Racine, y versos como Corneille! ¡Por qué no hace el buen Mr. Nisard algun *sainte gótico*, alguna novela *intima* ó de costumbres? Eso si que vendría á pelo, y merecería que la cabeza de un joven se emplease en escribirlo, porque cuesta poco trabajo y produce mucho dinero; ipero malgastar el tiempo en hablar de una poesia decrepita! De una literatura muerta! No sería el *non plus ultra* de la necedad y el frenesí? Así hablan, aunque en estilo mas pomposo aquellos ingenios arrogantes, y á la verdad, tenemos demasiado buen concepto de Mr. Nisard para creer que tan mezquinas consideraciones, tan ridiculas invectivas podrán distraerle un momento de sus graves é importantes tareas. No ha dedicado sin duda su libro á unos personajes tan presumidos como medianos; hace tiempo sin duda que ha renunciado á todo elogio de encargo, á toda admiracion de compadrazgo; y en este caso le tributaremos dobles alabanzas como á escritor y como á hombre. Para escribir semejante obra en una época semejante á la actual, es menester mas que talento, es menester casi valor.

Por lo que hace á nosotros, no vacilamos en decirlo, el libro de Mr. Nisard es una verdadera fortuna: estábamos hartos de todas esas producciones huecas y efímeras que no tienen objeto ninguno ni pertenecen á nada; de todas esas paradojas superficiales que se explanan con gran dispendio y no tienen ni aun el mérito de una originalidad facticia. Cada vez que nos veíamos condenados á hojear una obra nueva, nos entraba tal hastio que mil veces se nos caía el libro de las manos. Con efecto, la literatura de moda tiene un carácter tan monótono, á pesar de sus esfuerzos, que el libro que se publica hoy nos parecia enteramente semejante al libro de la víspera; y preguntábamos si todos los escritores que pasaban delante de nuestros ojos no eran hermanos carnales, y no formaban una misma y sola familia con las mismas ideas, la misma traza, la misma fisonomía *qualem decet esse sororum*. ¡Dios sea loado! El libro de Mr. Nisard ha interrumpido esta monotonía, y por fin hemos hallado un ingenio que no está vaciado en el molde comun, un escritor que no se parece á todos los demas. Y sin embargo este libro original y nuevo habla de lo mas rancio que hay en el mundo, de la literatura romana de que hacen vmds. tantos ascos; de la civilizacion romana que nunca se han tomado vmds. la molestia de meditar, y lo que es mas del exámetro romano que les parece á vmds. tan decrepito. Sí, el libro de Mr. Nisard es original y nuevo; y con todo eso no habla ni de los Borgias, ni de los Médicis, ni de Francisco I ni de Alejandro VI; las palabras que encierra no tienen la terminacion italiana, y el último hombre que menciona, tiene el nombre mas romano que se puede imaginar, á saber: Marco Lucano.

Se ha dicho hace tiempo que los pueblos se parecen á los individuos en sus fases sucesivas, que crecen del mismo modo y degeneran lo mismo, que despues de la juventud y la edad madura viene necesariamente la vejez para los unos y los otros. Esta opinion fundada en la experiencia y la observacion de los hechos, prevalece todavía á pesar de los esfuerzos que han hecho para desacreditarla algunos genios rancios y pertinaces. Con efecto, para el que quiera recorrer la historia de los pueblos desde su origen hasta su caída, desde su cuna hasta su huesa, es evidente que todos ellos han tenido su período de crecimiento, confuso todavía é incierto, como los primeros pasos de un niño que empieza á vivir; su período de grandeza, espléndido y maduro, como la edad viril, ó como un verano rozagante que cumple todas las promesas de la primavera; y por último, su período de decadencia trémulo, vacilante y cisgo, como los últimos dias de un anciano, y el cual para en la destruccion. Es de notar que todas las glorias de un pueblo progresan y crecen á la vez: ninguna rompe la línea, y se adelanta á la otra, y cuando empiezan á resplandecer, resplandecen todas á un tiempo, como un haz brillante de luces en los fuegos de artificio. Por eso se ven aquellas eras célebres que la humanidad admira, y de que guarda un largo recuerdo. La literatura y la poesia estan pues sometidas, como todo lo demas, á estos tramites necesarios, á esta carrera graduada que es la ley inevitable de las naciones. Así que, véase cómo se encierran dentro de sus límites, y se mantienen circunscritas en ellos. Tanto en Grecia como en Italia, en Atenas como en Roma, en donde quiera, siguen el mismo movimiento ascendente, para volver á bajar por la misma cuesta. Porque parece que es inherente á las cosas humanas no poder subsistir largo tiempo en un grado de elevacion demasiado eminente. Así despues del siglo de Pericles, siglo brillante y fecundo, la literatura griega declina poco á poco y muere. Despues del siglo de Augusto, en que todo lo grande prospera, artes, elocuencia, poesia, todo se descompone: tras Ciceron viene Seneca, tras Horacio, Estacio y Juvenal, tras Virgilio, Lucano.

Por lo demas las épocas de decadencia no son las menos fértiles para la crítica, ni las menos curiosas para la observacion. Como el yugo de las antiguas doctrinas está medio destruido, y el freno de las tradiciones se va haciendo cada vez mas vano é impotente, cómo la sociedad, la moral, la literatura ruedan mezcladas sin idea fija que las guíe, sin creencia que las contenga, cuando que una vez lanzadas fuera de sus límites, los ingenios se abandonan á su fogaosidad natural, á su propio ímpetu; de aqui nacen extravíos, á veces ridiculos, pero á veces osados y vigorosos: de aqui en la literatura y la poesia tantos estirones desacostumbrados y estremecimientos imprevistos; de aqui en fin aquel vigor facticio, aquel ardor enclenque y desesperado, aquel colorido calenturiento que imita algunas veces el brillante color de la salud. Entonces el único momento que se exige de una obra es que sea nueva y original; y mientras el escritor corre en pos de la tan deseada originalidad, mientras que da torments